Domingo 7 de marzo de 1993

PRIMER PLANO///

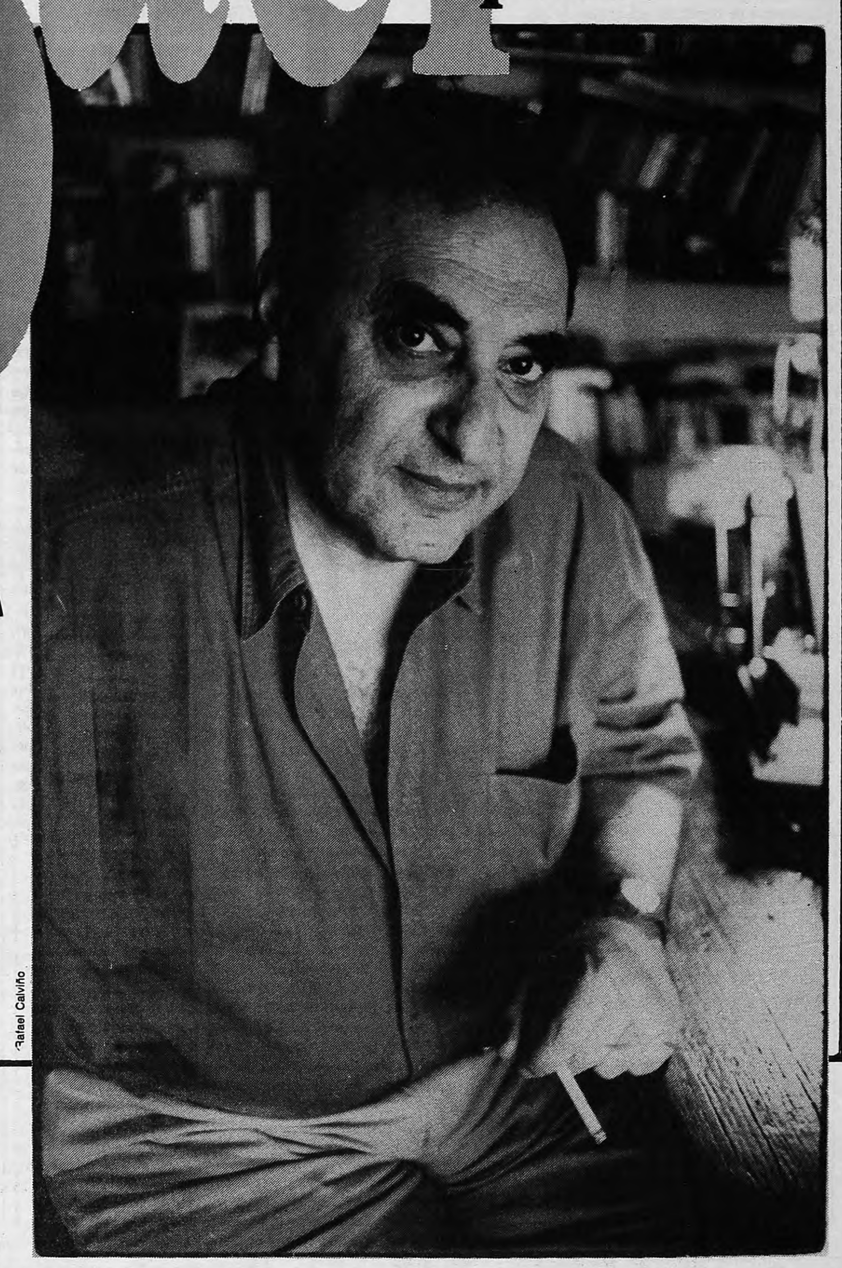
Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

Saer con una pequeña intención polémica

Hace más de veinte años que el narrador, ensayista y poeta santafesino Juan José Saer vive en Francia, donde dicta clases de literatura latinoamericana en París y Tolouse, mientras continúa escribiendo en castellano. Precisamente, en los próximos días la editorial Alianza distribuirá su novela más reciente, "Lo imborrable", cuyo comienzo **Primer Plano** anticipa con exclusividad en las páginas 4, 5 y 6. Autor de "En la zona", "Responso", "Palo y hueso", "La vuelta completa", "El limonero real", "La mayor", "Cicatrices", "El entenado", "Glosa", "La ocasión" (Premio Nadal 1988), "Nadie, nada, nunca", "El arte de narrar" y "El río sin orillas", Saer —que visita el país en estos días— dialogó con Marcos Mayer sobre su novela, la utilidad de escribir, el mundo real y el nuevo tilinguismo literario (páginas 2 y 3).

ENTREVISTA Y ANTICIPO EXCLUSIVO DE SU NUEVA NOVELA



Rafael Calviño

El evangelio según Jesucristo,

por José Saramago



POR MARCOS MAYER

Juan José Saer nació en Serodino, provincia de Santa Fe, y vive en París desde 1969. Es además el autor de relatos notables por su capacidad de articular un proyecto literario cuya función es "crear un objeto que apunte a aquello que los especialistas y legos tienen en común", como definió alguna vez a la literatura en *El río sin orillas*, texto anterior a una novela, *Lo imborrable*, que se conocerá en estos días.

—Es constante en tus textos la presencia de narradores que reflexionan sobre la experiencia, ¿es una función posible de la literatura?

—Creo que se trata de introducir en el relato que es de origen épico una dimensión lírica. Es una tentativa de tratar de ver, de captar los acontecimientos tal como aparecen en el transcurso de la experiencia, no como acontecimientos absolutos, cerrados, significantes de una manera clara y transparente, sino captados en su devenir. Es algo que se me impuso solo, no digo de casualidad, a través de una reflexión sobre los problemas del punto de vista. Porque en mis novelas siempre hay una pequeña intención polémica contra algún dogma literario. En *El limonero real* escribía contra la idea del desprestigio del realismo, en *Glosa* era una especie de polémica contra mí mismo, porque considero que en un determinado período de mi vida tuve cierto dogmatismo sobre el punto de vista, y la manera de superarlo era contar los pensamientos de los tres personajes.

—¿Esta reflexión permite pensar a la literatura como una continuación de la filosofía por otros medios?

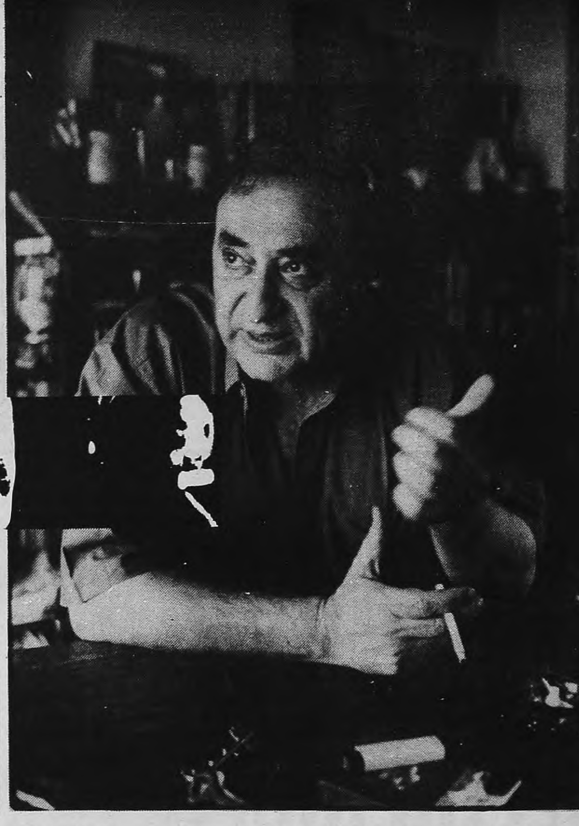
—Creo que la literatura está hoy en condiciones de retomar toda una serie de temas que la filosofía ya no puede hacer porque en su diálogo y en su debate con la ciencia siente que no posee los protocolos necesarios para asumirlos. Y como la literatura no tiene ninguna obligación de este tipo, me parece que puede ocuparse de ellos. La literatura que se ocupa puramente del acontecimiento y del relato de hechos inequívocos que suceden en lo exterior, en la historia o en la biografía de un individuo me parece ya agotada, no tanto como tema, sino como enfoque, como concepción del hombre. Teniendo en cuenta los datos actuales de la ciencia, de la reflexión sobre el hombre, hay toda una serie de contradicciones, de oscuridades, de aporías que llevan a que si uno quiere escribir debe tenerlas en cuenta, porque si no no vale la pena hacerlo. Todos los escritores en todas las épocas asumieron esas contradicciones, esas oscuridades, esas aporías.

—En El entenado *tomaste un tema épico. Sin embargo el tratamiento de la relación entre culturas no tenía un matiz épico.*

—No, porque la épica es afirmativa. Para mí el elemento afirmativo lleva siempre una especie de semilla autoritaria. En general mi forma de militar se da con una negación. Hay cosas que no se deben hacer y contra las que se debe luchar. No me atrevería a decir cuál es la acción inmediatamente posterior positiva que debe seguir a ese acto de negación. Se puede estar a favor o en contra del descubrimiento de América. Me parece una disyuntiva absurda porque es algo que ya ocurrió. Se puede criticar históricamente lo que pasó. No era de ese momento de lo que quería hablar, sino del plano antropológico, que me es prioritario respecto del plano histórico. Todo lo que tiene que ver con el hombre en general me parece más importante que lo que tiene que ver con tal o cual cultura. Creo en la unidad esencial, constitutiva de todos los seres humanos. Aunque la historiografía siempre trabaje por campos separados, la antropología lo hace en un campo más amplio y la literatura también. Lo que dice Homero, o Sófocles, o Dante o Cervantes o Faulkner o Antonio Di Benedetto vale para todo tiempo o lugar. Si no no podríamos leer a Homero. Yo no lo leo para que me informe cómo vestían los griegos.

—Retomando esta idea de la antropología, algo que sorprende en tus relatos es la manera fluida con que los personajes, generalmente intelectuales de clase media, se relacionan con clases más bajas. ¿Esto responde a una experiencia real?

—Hay temas que aparecen y que yo no me propongo para nada tratar sino que surgen naturalmente de lo que fue mi experiencia y la de mi generación. Uno, el ser de izquierda. Que es muy amplio y ya no se sabe muy bien qué es. Pero hay una sensibilidad de izquierda en la medida en que estoy por la prosperidad general y no por la de unos pocos, por la total libertad de expresión y no que ciertos grupos dicten lo que otros tienen que pensar. Otro es la forma natural con que pudimos vivir la libertad sexual. Trato los temas sexuales, no quiero decirles eróticos, que es un eufemismo, con naturalidad porque tuve la suerte de que mi juventud transcurriera en una época en que no había enfermedades transmisibles sexualmente. Eso no quiere decir que el sexo no sea un misterio y un problema. Pero el modo de tratarlo surge de una concepción diferente a la que tenían los autores del siglo XIX, a pesar de que algunos de ellos, como Flaubert o Baudelaire hayan sido muy audaces para su época. Obviamente ya Sade lo había tratado para todo el mundo y para todas las épocas. Pero en Sade el nivel fantasmático es tan fuerte que su literatura linda con lo maravilloso. Entre las historias de Sade y los cuentos de Perrault o de Hoffmann no hay mucha diferencia.



Rafael Calviño

Novelista ("El limonero real", "El entenado", "Glosa", "La ocasión"), cuentista ("En la zona", "Unidad de lugar"), poeta ("El arte de narrar") y ensayista ("El río sin orillas"), Juan José Saer ha construido una voz narrativa, un registro estilístico inconfundible, que lo convierte en una de las figuras centrales de la narrativa argentina actual. Residente en Francia, Saer visita el país cuando se distribuye su nueva novela, "Lo imborrable", sobre la que habla —entre otras cosas— en esta entrevista.

ENTREVISTA A JUAN JOSE

La persistencia de lo

—Ya que hablamos de sexo, aparece algo que vincula a las mujeres con el azar en los personajes de Delicia en Cicatrices *y de Gina en* La ocasión*. ¿Tienen las mujeres el secreto del azar?*

—Tendría que pensarlo. Deben tenerlo sin duda. Creo que el cuerpo es el azar. Nuestro propio cuerpo y el del otro mucho más. El problema es saber por qué elegimos un cuerpo y no otro, una persona y no otra. Ahí entraría el problema del azar pero de forma negativa. ¿Elegimos por azar o ya hemos elegido antes? ¿Pero dónde está el azar? En *Lo imborrable* aparece el tema de la filosofía de Tomatis que es el casualismo, por supuesto en tono irónico. En el caso de esos dos personajes hay una situación similar, dos hombres maduros que están con jovencitas y ambas tienen una especie de pasividad. En una la pasividad es redentora, en la otra es destructora. Y en los dos casos, con la misma neutralidad. En *Cicatrices* lo único que quise fue aplicar el famoso adagio popular "afortunado en el juego, desafortunado en el amor" y viceversa. En *La ocasión* lo que quería era confrontar una falsa filosofía frente a una verdadera presencia y ver cómo se destruye ante la prueba de los hechos.

—En Nadie nada nunca, *en* Lo imborrable, *la televisión aparece como mera iluminación o como una sucesión de imágenes sin sentido. ¿Hay una posición tuya contraria a los medios?*

—Sí, porque los medios trabajan mucho con el estereotipo. Ante ellos, el espectador fantasea como con postales pornográficas, pero no como cuando hace el amor con un cuerpo real. No tiene nada que ver. Trató de poner un poco de eso en *Lo imborrable*, que las relaciones son más complicadas de lo que aparecen en Sade. Bueno, los medios son una orgía de buenos sentimientos. Nada de lo que se le presenta tiene que ver con la experiencia directa, banalizan las imágenes de la pintura o de la música. Creo que la literatura es el único arte que no puede servir de ambiente, hay que ir a sentarse para leerla. La literatura puede ser reservada. No tengo ningún tipo de temor por la desaparición de la literatura. Creo que cada vez hay más lectores, pero que siempre hubo muy pocos. Si uno se fija en lo que se leía en la época de Flaubert, se ve que era el equivalente de la televisión. De lo que se leía por miles de ejemplares, hoy son totalmente desconocidos. Creo que la historia de la literatura es muy justa. Y además creo que un escritor tiene que tratar de escribir bien. Y ni siquiera por una norma ética, solemne, sino ¿para qué perder el tiempo? Habiendo cosas mejores que hacer.

—Alguna vez definiste a la literatura como una actividad trágica. ¿Podrías explicar esta idea?

—El hecho de que la literatura sea una actividad trágica está dado por que hay una especie de imposibilidad; porque todo lenguaje, por elaborado, por trabajado que esté, por rico, por riguroso, por todo lo que quiera desembarazarse de aquello que no pertenezca a la voluntad creativa, tarde o temprano se vuelve retórico. El lenguaje recupera o hace que se vuelva retórica gran cantidad de expresiones que alguna vez fueron nuevas. Y los grandes textos que persisten a través del tiempo, lo hacen siempre fragmentariamente y no siempre creemos en aquello que nos están contando y no siempre podemos vivenciar algunas cosas mientras las leemos.

—Hablemos del exilio. ¿Convierte a tu proyecto literario en algo solitario?

—Creo que todo hombre, todo artista es solitario, a pesar de los afectos, las fraternidades, las emociones. Se nace solo, se sufre solo, se muere solo, incluso se goza solo. El escritor es un personaje más solitario que otros, pues trabaja solo. El exilio me resultó más beneficioso que perjudicial. Perjudicial en la medida en que me produjo una especie, no diría de desgarramiento porque la palabra es muy fuerte, de conflicto permanente entre dos lugares en los cuales ha pasado mucha parte de mi vida. Me benefició porque me sacó de un lugar del cual no estaba muy dispuesto a moverme, porque no soy alguien que tome demasiadas iniciativas en cuanto a mi vida exterior. Las cosas me suceden, hay una especie de pasividad, casi de pereza. Además me sacó en un momento en que la situación en la Argentina se volvió terriblemente trágica. Me sirvió, además para relativizar la literatura argentina, pero también la europea. Nunca consideré a la literatura argentina como un todo, sino que la vi como personas aisladas que yo consideraba como escritores y el resto me parecía el grueso del batallón. En Europa igual que acá. No hay que mistificar la literatura europea, conozco a algunos escritores que nacieron en Europa. Decir que Nietzsche es un escritor europeo es una especie de contradicción, si se la pasó criticando a Europa. O Beckett, o Baudelaire. Para mí Borges no es un escritor argentino, sino que podría haberlo sido de cualquier lugar. Roberto Arlt,

EL CAZADOR OCULTO

Fabián Doman, Nora Anchart, periodistas y **Erman González**, ministro de Defensa.

FD: Usted le dijo que era una cagada (sic) al ministro de Economía (Domingo Cavallo).

EG: No, yo no uso esos términos y mucho menos en reuniones (de gabinete).

NA: ¿Un término similar?

(...)

EG: En las reuniones de gabinete... no, no... salvo que estemos contando un cuento.

La Tapa. ATC. Febrero 22. 23.27 hs.

Rosemarie y Carlos Asnaghi, locutores.

R: Telefé Noticias siempre está en la investigación. Se acuerdan que se hablaba que daba epilepsia estar con los juegos mecánicos (se refiere a los videojuegos). Bueno señora mamá, quédese tranquila pero no acerque a su chico a más (sic) de dos metros ante esos efluvios de iluminosidad (sic)... o iluminorie... uni... ¿cómo se diría?

CA: Luminosidad.

R: Eso, luminosidad.

Telefé noticias. Canal 11. Febrero 24. 12.30 hs.

Rosemarie, locutora.

En Uruguay también hay una persona intoxicada (por el vino adulterado). Por esta razón se cerraron las fronteras a los vinos nuestros y eso es sumamente importante para los bodegueros tanto sea de la zona de Cuyo como la de Mendoza.

(La región de Cuyo abarca los territorios de las actuales provincias de San Juan, San Luis y... Mendoza.)

Telefé Noticias. Canal 11. Febrero 25. 12.05 hs.

SAER
real

igual. No tiene nada que envidiarle a Céline. Y además no denunció a nadie ni fue antisemita. El exilio me sirvió además para aislarme. En 1970 estaba escribiendo *Nadie, nada, nunca* en una especie de monoblock de cuarta en Rennes, sin saber si iba a tener trabajo y tenía la impresión de que era la última persona en el mundo que escribía. Que nunca más se escribiría nada. No tenía mucho dinero y escribí, escribí y escribí. Eso me hizo bien. Es muy distinta igual la situación ahora que cuando estaba la dictadura militar, que no se podía venir. Ahora se podría no venir por razones de buen gusto.

Leo las cosas que me mandaba, que me consigo. Me gustaron mucho la última novela de Sergio Chejfec y el libro de Marcelo Cohen. Después está el *nouveau tilinguisme*, que es una escuela a la que no adhiero. Una cosa que pienso sinceramente y no lo digo por demagogia es que en la literatura europea, a diferencia de lo que pasa en la Argentina, ya no hay escritores ni polémicas. En Europa son como pequeños artesanos que se especializan en una cosa: está el barroco, el clásico, el comprometido, el que hace policiales metafísicos. La poesía no existe más desde que hace veinte años se suicidó Paul Celan, murió René Char, Michaux.

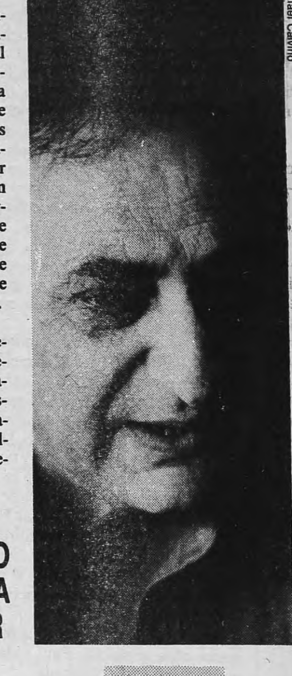
—La mayoría de tus relatos, a excepción de los primeros, establece una distancia temporal entre su escritura y lo narrado. ¿A qué se debe?

—Hay un núcleo de lo vivido que para mí es muy fuerte. Necesito una especie de perspectiva para ver todo eso. Me lo he planteado también. Y me digo que eso puede llamar la atención ahora, a mis contemporáneos, pero que si realmente mis libros van a quedar, y espero que así sea, sería una lástima haber perdido tanto tiempo, eso no se va a ver. Si analizamos la gran narrativa del siglo XX es un poco así. No olvidemos que en Joyce pasa todo el 16 de junio de 1904, hasta ahí, y murió en 1941. El tipo de literatura que hago me permite introducir en cualquier momento de la experiencia social e histórica, un relato. Pero no descarto la posibilidad de escribir textos que transcurran hoy, de ningún modo. Empezaría por textos relativamente breves, de unas veinte páginas. Además creo que trabajar con la lengua hablada argentina y hacer una lengua literaria es uno de los atractivos principales de mi trabajo. En el acto de escribir hay mucha privacidad también. No tiene mucho que ver con la razón, sino con el afecto, las pulsiones, lo inconsciente, las emociones, la fantasía. Mis mejores experiencias son de acá. Yo me inscribo en la tradición de la literatura argentina. Me siento un escritor argentino, ni siquiera latinoamericano. Me siento más próximo de un escritor inglés que de uno colombiano. Me gusta más Conan Doyle que García Márquez. Algo que vengo sosteniendo hace treinta años, cuando no parecía tan razonable como ahora.

El mundo de Borges pertenece al pasado y también el de Cortázar y el de Onetti. No hay que olvidar que el lenguaje forma parte del cuerpo y todo necesita una especie de sedimentación. Hay como fijaciones, experiencias, que son más fuertes que otras. ¿Qué es el mundo real? Una experiencia que tenemos del mundo real. Una serie de imágenes que flotan en nuestra cabeza y vuelven periódicamente. Eso es el mundo real, no hay otra cosa.

ANTICIPO EXCLUSIVO DE LA NUEVA NOVELA DE JUAN JOSE SAER

Lo Im



Para Juan Pablo Renzi:
Alma, inclínate sobre los cariños idos

CONTINUO, DISCONTINUO. Pasaron, como venía diciendo hace un momento, veinte años: anochece. Día tras día, hora tras hora, segundo a segundo, desde que, por entre sus labios ensangrentados me expelió, inacabado, a lo exterior, esto no para, continuo y discontinuo a la vez, el gran flujo sin nombre, sin forma y sin dirección —pueden llamarlo como quieran, da lo mismo— en el que estoy ahora, bajo los letreros luminosos que flotan, verdes, amarillos, azules, rojos, violetas, irisando la penumbra en la altura sobre la calle, en el anochecer de invierno.

UNA METAFORA. Y encima, más que seguro, en estos tiempos, casi todos son todavía reptiles. Pocos, muy pocos, aspiran a pájaro —aquí o allá, entre lo que repta, babea, acecha, envenena, en algún rincón oscuro, y a veces sin haberlo deseado, por alguna causa ignorada por él mismo, alguno empieza a transformarse, a ver, con extrañeza, que le crecen plumas, un pico, alas, que ruidos no totalmente odiosos salen de su garganta y que puede, si quiere, dejar atrás todo eso, echarse a volar. Desde el aire, si mira hacia abajo, puede ver de qué condición temible proviene cuando percibe lo que a ras del suelo, como él mismo hasta hace poco, corrompe, pica, viborea. Todo eso desgarra, mata, muere, en el susurro, el roce helado, el bisbiseo, con saña trabajosa y obtusa, sin escrúpulos y quizá sin odio, asumiendo, en la naturalidad y hasta en el deber ni siquiera pensado o deseado, la defensa, la multiplicación, la persistencia, el territorio de la especie reptil.

—¿Tomatis? ¿Carlos Tomatis?

ME INTERCEPTAN. Me paro. Lo escruto. El tipo que, después de interrumpir mi proyecto mental de redacción —metáfora de mis contemporáneos— me intercepta en la vereda tendiéndome la mano con una sonrisa acaramelada, parece inofensivo, insignificante a decir verdad, pero por el modo en que está vestido se ve a la legua que, si tiene problemas, y un brillo afligido en los ojitos parecería traicionar que los tiene, esos problemas no son financieros. Aparte de eso es cincuentón largo, pelado, y entre la nariz ordinaria y la boca que deja ver una dentadura amarillenta, cuando habla o se sonríe se le estremece un bigotito entrecano. El deseo más evidente que despierta su proximidad es el de darle una cachetada. Pero esa posibilidad fatiga de antemano, porque se tiene la impresión de que el brillo afligido de los ojos aumentaría, suplicando por recibir la siguiente. De modo que, optando por una solución intermedia, me inflo un poco, enarco lo más posible las cejas, y desde mi altura supuestamente ofendida —le llevo una cabeza—, altivo y receloso, lo interrogo:

—¿Por?

Aunque parezca mentira, mi desconfianza ostentosa lo satisface. Da la impresión de haber descontado en mí esa reacción —vaya a saber qué ideas ridículas se forja sobre mi persona— pero antes de hablar mira rápido a su alrededor, convencido de que lo que está por decir es riesgoso y decisivo, y baja un poco la voz aunque la vereda, a causa del frío o de la hora, o de los tiempos que corren probablemente, está casi desierta bajo los letreros de neón de todos colores que se encienden y se apagan en el anochecer.

—Alfonso. Es mi apellido. Tenemos amigos comunes en Rosario.

—¿Qué amigos comunes?

Me lanza una lista de cuatro o cinco y, puesto que no vacila un segundo en responder, infiero que la tiene preparada. Dejo correr unos momentos para demostrarle que estoy examinando al detalle sus proposiciones —si podemos llamar proposiciones a sus frasecitas vanamente seductoras— y también porque su sonrisa, que está diciendo todo el tiempo *yo a usted lo admiro, conozco muchas de sus anécdotas por nuestros amigos comunes, etc. etc.*, incita a la severidad.

—Al pelo —le digo—. ¿Y qué se le ofrece?

—En primer lugar, el gustazo de conocerlo y felicitarlo por sus artículos.

—Qué me estará por pedir —digo con desconfianza pensativa.

Se echa a reír —si podemos llamar risa al estremecimiento de su bigote entrecano y a la acentuación del brillo afligido de sus ojitos que acompañan los sacudimientos entrecortados de los hombros y la cabeza. A decir verdad, también yo me río. Los dos hemos comprendido que la expresión en voz alta de mi sospecha, formulada en estilo paródico evidente, supone un principio de aceptación, yo más a pesar de mí que el tal Alfonso, de quien no me cabe la menor duda que aprovechará la grieta que acabo de ofrecerle para colarse en mi intimidad e instalarse, si le es posible, con todo el confort necesario en el interior. Más que seguro por otra parte que, tal como lo dije en voz alta, tiene la intención de pedirme algo por estar convencido de que yo puedo ofrecérselo, algo que, de todos modos, sea lo que fuese, si se tiene en cuenta el brillo insoportable de sus ojitos, no le servirá de nada.

EL ULTIMO ESCALON. El hecho mismo de que venga a pedírmelo a mí prueba que ya está mal encaminado: a mí que, aunque ya no esté en el último escalón del sótano, ese contra el que viene a golpear, chirle y pesada, el agua negra, a causa de los esfuerzos que he debido hacer en los últimos meses para no dejarme tragar, aun cuando no esté ya en el último escalón, moralmente hablando, de la especie humana, aun cuando después de la muerte de mi madre en marzo haya empezado a subir, estoy a pesar de todo todavía en el penúltimo.

EL PENULTIMO. Debo ser modesto y reconocer el trayecto cumplido sin triunfalismo: no ya en el último escalón de la especie humana, como en Navidad por ejemplo, o en enero y febrero en que, aparte de somníferos y tranquilizantes podía tomar cuatro o cinco litros de vino por día, y en que pasaba el tiempo entero de la vigilia sentado frente al televisor mientras ella iba muriéndose de a poco en la habitación de al lado; no, de ningún modo en el último ya, y no estoy para nada jactándome, sino en el penúltimo. Durante meses y meses estuve en el último: el agua negra barrosa me manchaba los zapatos, las medias, las bocamangas del pantalón y un golpecito nomás, un soplo, me hubiese mandado al fondo. De modo que ahora mismo me estoy preguntando si no habría de mi parte cierta maldad en hacerle creer, considerando el lugar en el que me encuentro —el penúltimo escalón de la escala humana— que puede esperar algo de mí. Importa poco lo que él quiere que los otros perciban primero de sí mismo: a pesar de su ropa cara, juvenil, de su sonrisa zalamera y de sus aires joviales de triunfador, el tal Alfonso exhala pura aflicción.

—Lo vi venir desde la ventana del bar y me atreví a cruzarme para presentarme, aunque de todos modos pensaba llamarlo mañana por teléfono. ¿Se para a tomar una copa con nosotros?

Por supuesto, no estoy dispuesto a aceptar: porque un perfecto desconocido, por más amigos comunes que pretenda tener conmigo en Rosario me aborde en la calle, en estos tiempos en que casi todos son todavía reptiles, y me proponga pagarme un trago, no voy a comportarme como una vulgar copera. Pero el *nosotros* me intriga, y lo primero que me imagino es un grupito de viajantes de comercio, representantes de artefactos eléctricos, mayoristas de ropa de cuero, de fideos que, después de haber hecho las cuentas del día y haber despachado los formularios de venta a Rosario o Buenos Aires desde sus cuartos de hotel, se juntan entre colegas en un bar del centro a tomar el aperitivo antes de la cena.

—Francamente no puedo —le digo—. Me esperan en otro lado a las siete y ya tengo media hora de atraso.

—Crúcese un minuto. Le presento a una persona que se desvive por conocerlo y después lo dejamos en libertad. Es una de las grandes adquisiciones de Bizancio.

—Ya caigo —le digo—. El famoso Alfonso de Bizancio. No se me ocurrió que podía ser un apellido.

—¿Me reconoce ahora? —dice Alfonso.

EL FAMOSO ALFONSO DE BIZANCIO. Podría suponerse que lo dice complacido, pero hay más alivio que placer en su expresión. Como parece esperar grandes cosas de mi persona, el hecho de haber sido reconocido sin verse en la obligación de dar demasiados detalles sobre sí mismo debe simplificar su estrategia y facilitar las maniobras de aproximación. Es evidente que quiere pedirme algo, y la prueba de que no va a obtener nada es que se le haya ocurrido pedírmelo precisamente a mí que hasta hace un par de meses nomás estaba hundido hasta los tobillos en el agua negra del fondo, y que todavía hoy llevo las manchas de barro reseco en las bocamangas del pantalón. A menos, y los ojitos afligidos parecen confirmarlo, que el agua negra se lo esté tragando también a él, y a causa de haber visto en mi cara los rastros del hundimiento reciente —las manchas resecas de las bocamangas—, haya decidido sacar partido de mi experiencia. La cosa es que nos quedamos inmóviles en la vereda desierta, en el anochecer de invierno, bajo los letreros luminosos de todos colores, mirándonos, ya sin total desconfianza de mi parte quizás —tendría que pensarlo mejor— y que me cuelguen si no empieza a abrirse paso en mí la sensación abominable de que esa cara un poco blanda que incita a la crueldad, aunque no nos parezcamos en nada, es

Lo Imborrable

ANTICIPO EXCLUSIVO DE LA NUEVA NOVELA DE JUAN JOSE SAER

Para Juan Pablo Renzi:
Alma, inclínate sobre los cariños idos

CONTINUO, DISCONTINUO. Pasaron, como venía diciendo hace un momento, veinte años: anochece. Día tras día, hora tras hora, segundo a segundo, desde que, por entre sus labios ensangrentados me expelió, inacabado, a lo exterior, esto no para, continuo y discontinuo a la vez, el gran flujo sin nombre, sin forma y sin dirección —pueden llamarlo como quieran, da lo mismo— en el que estoy ahora, bajo los letreros luminosos que flotan, verdes, amarillos, azules, rojos, violetas, irisando la penumbra en la altura sobre la calle, en el anochecer de invierno.

UNA METAFORA. Y encima, más que seguro, en estos tiempos, casi todos son todavía reptiles. Pocos, muy pocos, aspiran a pájaro —aquí o allá, entre lo que repta, babea, acecha, envenena, en algún rincón oscuro, y a veces sin haberlo deseado, por alguna causa ignorada por él mismo, alguno empieza a transformarse, a ver, con extrañeza, que le crecen plumas, un pico, alas, que ruidos no totalmente odiosos salen de su garganta y que puede, si quiere, dejar atrás todo eso, echarse a volar. Desde el aire, si mira hacia abajo, puede ver de qué condición temible proviene cuando percibe lo que a ras del suelo, como él mismo hasta hace poco, corrompe, pica, viborea. Todo eso desgarra, mata, muere, en el susurro, el roce helado, el bisbiseo, con saña trabajosa y obtusa, sin escrúpulos y quizá sin odio, asumiendo, en la naturalidad y hasta en el deber ni siquiera pensado o deseado, la defensa, la multiplicación, la persistencia, el territorio de la especie reptil.

—¿Tomatis? ¿Carlos Tomatis?

ME INTERCEPTAN. Me paro. Lo escruto. El tipo que, después de interrumpir mi proyecto mental de redacción —metáfora de mis contemporáneos— me intercepta en la vereda tendiéndome la mano con una sonrisa acaramelada, parece inofensivo, insignificante a decir verdad, pero por el modo en que está vestido se ve a la legua que, si tiene problemas, y un brillo afligido en los ojitos parecería traicionar que los tiene, esos problemas no son financieros. Aparte de eso es cincuentón largo, pelado, y entre la nariz ordinaria y la boca que deja ver una dentadura amarillenta, cuando habla o se sonríe se le estremece un bigotito entrecano. El deseo más evidente que despierta su proximidad es el de darle una cachetada. Pero esa posibilidad fatiga de antemano, porque se tiene la impresión de que el brillo afligido de los ojos aumentaría, suplicando por recibir la siguiente. De modo que, optando por una solución intermedia, me inflo un poco, enarco lo más posible las cejas, y desde mi altura supuestamente ofendida —le llevo una cabeza—, altivo y receloso, lo interrogo:

—¿Por?

Aunque parezca mentira, mi desconfianza ostentosa lo satisface. Da la impresión de haber descontado en mí esa reacción —vaya a saber qué ideas ridículas se forja sobre mi persona— pero antes de hablar mira rápido a su alrededor, convencido de que lo que está por decir es riesgoso y decisivo, y baja un poco la voz aunque la vereda, a causa del frío o de la hora, o de los tiempos que corren probablemente, está casi desierta bajo los letreros de neón de todos colores que se encienden y se apagan en el anochecer.

—Alfonso. Es mi apellido. Tenemos amigos comunes en Rosario.

—¿Qué amigos comunes?

Me lanza una lista de cuatro o cinco y, puesto que no vacila un segundo en responder, infiero que la tiene preparada. Dejo correr unos momentos para demostrarle que estoy examinando al detalle sus proposiciones —si podemos llamar proposiciones a sus frasecitas vanamente seductoras— y también porque su sonrisa, que está diciendo todo el tiempo *yo a usted lo admiro, conozco muchas de sus anécdotas por nuestros amigos comunes, etc. etc.*, incita a la severidad.

—Al pelo —le digo—. ¿Y qué se le ofrece?

—En primer lugar, el gustazo de conocerlo y felicitarlo por sus artículos.

—Qué me estará por pedir —digo con desconfianza pensativa.

Se echa a reír —si podemos llamar risa al estremecimiento de su bigote entrecano y a la acentuación del brillo afligido de sus ojitos que acompañan los sacudimientos entrecortados de los hombros y la cabeza. A decir verdad, también yo me río. Los dos hemos comprendido que la expresión en voz alta de mi sospecha, formulada en estilo paródico evidente, supone un principio de aceptación, yo más a pesar de mí que el tal Alfonso, de quien no me cabe la menor duda que aprovechará la grieta que acabo de ofrecerle para colarse en mi intimidad e instalarse, si le es posible, con todo el confort necesario en el interior. Más que seguro por otra parte que, tal como lo dije en voz alta, tiene la intención de pedirme algo por estar convencido de que yo puedo ofrecérselo, algo que, de todos modos, sea lo que fuese, si se tiene en cuenta el brillo insoportable de sus ojitos, no le servirá de nada.

EL ULTIMO ESCALON. El hecho mismo de que venga a pedírmelo a mí prueba que ya está mal encaminado: a mí que, aunque ya no esté en el último escalón del sótano, ese contra el que viene a golpear, chirle y pesada, el agua negra, a causa de los esfuerzos que he debido hacer en los últimos meses para no dejarme tragar, aun cuando no esté ya en el último escalón, moralmente hablando, de la especie humana, aun cuando después de la muerte de mi madre en marzo haya empezado a subir, estoy a pesar de todo todavía en el penúltimo.


Rafael Calviño

EL PENULTIMO. Debo ser modesto y reconocer el trayecto cumplido sin triunfalismo: no ya en el último escalón de la especie humana, como en Navidad por ejemplo, o en enero y febrero en que, aparte de somníferos y tranquilizantes podía tomar cuatro o cinco litros de vino por día, y en que pasaba el tiempo entero de la vigilia sentado frente al televisor mientras ella iba muriéndose de a poco en la habitación de al lado; no, de ningún modo en el último ya, y no estoy para nada jactándome, sino en el penúltimo. Durante meses y meses estuve en el último: el agua negra barrosa me manchaba los zapatos, las medias, las bocamangas del pantalón y un golpecito nomás, un soplo, me hubiese mandado al fondo. De modo que ahora mismo me estoy preguntando si no habría de mi parte cierta maldad en hacerle creer, considerando el lugar en el que me encuentro —el penúltimo escalón de la escala humana— que puede esperar algo de mí. Importa poco lo que él quiere que los otros perciban primero de sí mismo: a pesar de su ropa cara, juvenil, de su sonrisa zalamera y de sus aires joviales de triunfador, el tal Alfonso exhala pura aflicción.

—Lo vi venir desde la ventana del bar y me atreví a cruzarme para presentarme, aunque de todos modos pensaba llamarlo mañana por teléfono. ¿Se para a tomar una copa con nosotros?

Por supuesto, no estoy dispuesto a aceptar: porque un perfecto desconocido, por más amigos comunes que pretenda tener conmigo en Rosario me aborde en la calle, en estos tiempos en que casi todos son todavía reptiles, y me proponga pagarme un trago, no voy a comportarme como una vulgar copera. Pero el *nosotros* me intriga, y lo primero que me imagino es un grupito de viajantes de comercio, representantes de artefactos eléctricos, mayoristas de ropa de cuero, de fideos que, después de haber hecho las cuentas del día y haber despachado los formularios de venta a Rosario o Buenos Aires desde sus cuartos de hotel, se juntan entre colegas en un bar del centro a tomar el aperitivo antes de la cena.

—Francamente no puedo —le digo—. Me esperan en otro lado a las siete y ya tengo media hora de atraso.

—Crúcese un minuto. Le presento a una persona que se desvive por conocerlo y después lo dejamos en libertad. Es una de las grandes adquisiciones de Bizancio.

—Ya caigo —le digo—. El famoso Alfonso de Bizancio. No se me ocurrió que podía ser un apellido.

—¿Me reconoce ahora? —dice Alfonso.

EL FAMOSO ALFONSO DE BIZANCIO. Podría suponerse que lo dice complacido, pero hay más alivio que placer en su expresión. Como parece esperar grandes cosas de mi persona, el hecho de haber sido reconocido sin verse en la obligación de dar demasiados detalles sobre sí mismo debe simplificar su estrategia y facilitar las maniobras de aproximación. Es evidente que quiere pedirme algo, y la prueba de que no va a obtener nada es que se le haya ocurrido pedírmelo precisamente a mí que hasta hace un par de meses nomás estaba hundido hasta los tobillos en el agua negra del fondo, y que todavía hoy llevo las manchas de barro reseco en las bocamangas del pantalón. A menos, y los ojitos afligidos parecen confirmarlo, que el agua negra se lo esté tragando también a él, y a causa de haber visto en mi cara los rastros del hundimiento reciente —las manchas resecas de las bocamangas—, haya decidido sacar partido de mi experiencia. La cosa es que nos quedamos inmóviles en la vereda desierta, en el anochecer de invierno, bajo los letreros luminosos de todos colores, mirándonos, ya sin total desconfianza de mi parte quizás —tendría que pensarlo mejor— y que me cuelguen si no empieza a abrirse paso en mí la sensación abominable de que esa cara un poco blanda que incita a la crueldad, aunque no nos parezcamos en nada, es en cierto sentido la mía que se refleja en un espejo.

—Reconocer es mucho decir —le digo, con la misma severidad paródica de la que él ya sabe que no es en serio—. Pero admito que Reina y los otros lo nombran seguido.

—Bizancio siempre ha recibido a los artistas con los brazos abiertos —dice Alfonso.

—Así los estrangula mejor —le digo.

Y la conversación se despliega, si podemos llamar a esto —su insistencia poco disimulada y ansiosa, la altanería paródica de que me valgo para ocultar mi indecisión— una conversación. Según Alfonso, tiene ganas de conocerme desde hace mucho y, cinco o seis años atrás, por el setenta y cuatro más o menos, cuando extendió la distribuidora al norte de la provincia y a Entre Ríos, pensó en proponerme la dirección de la nueva zona, con un porcentaje sobre las ventas, prebenda justificada, según él, por mi prestigio intelectual, del que debían emanar beneficios comerciales indiscutibles. Un nombre, dice, por caro que se lo pague, siempre reditúa. Pero las cosas se emputecieron —es la palabra que emplea—: en el setenta y cinco se descubrió que uno de los vendedores utilizaba la distribuidora como pantalla para hacer circular propaganda de una organización clandestina —Alfonso baja la voz y mira para todos lados cuando me hace estas confidencias— y en el setenta y seis el ejército secuestró a una pareja de vendedores, marido y mujer, que no tenían nada que ver con nada y que nunca más volvieron a aparecer. A él mismo lo detuvieron una semana en un regimiento, hasta que un pariente militar obtuvo que lo dejaran en libertad.


Rafael Calviño

—Todo esto que me cuenta es apasionante y original —le digo.

—Veo que es insensible a la desgracia ajena —dice contento de comprobar que sus confidencias confirman mi modo de ser en lugar de modificarlo en sentido negativo —también él debe pensar, sin formularlo de ese modo, que en los tiempos que corren casi todos son todavía reptiles y me excluye de esa generalidad, confiriéndome el honor dudoso de pensar que estoy a priori y sin error posible en su propio campo. Sobre nuestras cabezas, un tubo de neón se pone a chirriar, encendiéndose y apagándose con periodicidad rápida, a causa de un cortocircuito probablemente, produciendo un parpadeo que tiñe de lila, intermitente, el aire de la vereda. Alfonso parece no darse cuenta; su objetivo inmediato, que excluye al resto del cosmos impensable y diverso, es inducirme a cruzar de vereda y a hacerme entrar a tomar una copa en el bar de enfrente. Toda su estrategia verbal, que él imagina secreta y sutil, del mismo modo que su posición física, ya que intercepta mi paso en la vereda, tiene ese objetivo único y, a medida que realizo algunos movimientos ínfimos, los va teniendo en cuenta de manera inconsciente, modificando la actitud de su cuerpo para impedirme avanzar.

—Bueno —le digo por fin—. Pero un minuto nomás. Mire que voy atrasado.

EN EL BAR. Así que cruzamos y entramos en el bar. De todas maneras, puedo concederle unos minutos, porque a pesar de haber entrevisto en él, con un estremecimiento, mi propia cara, no ser enteramente él al fin de cuentas no me compromete mucho, él, de quien ya sé que no obtendrá nada por el solo hecho de haber pensado en mí para procurárselo. Pero no logro imaginarme qué es lo que quiere. Apenas entramos en el bar Alfonso gira a la derecha y se para junto a la mesa que da a la ventana. Una rubia fuma sonriente y pensativa, y por su expresión me doy cuenta de que desde su silla ha estado observando, a través del vidrio, el desarrollo de nuestro encuentro en la vereda de enfrente.

—Tomatis. Vilma Lupo —dice Alfonso, exhibiendo adrede su satisfacción por haber suscitado este encuentro en la cumbre. Vilma Lupo ni siquiera me mira, pero su sonrisa se acentúa y su mirada se pierde en algún punto de la calle, en el aire por el que parpadea la luz lila del letrero luminoso, una mirada pensativa que se cuela por los ojos entrecerrados y a la que acompañan sacudimientos lentos y afirmativos de la cabeza destinados a expresar maravilla y admiración.

—La idea que Walter Bueno se forja de la novela y el camino elegido por toda novela lograda son divergentes —dice. Y, mirándome por fin a los ojos, repite, marcando un hiato entre cada sílaba, martillándola, como para que la frase penetre a fondo en mi inteligencia y se incruste en mi memoria, insistencia completamente innecesaria porque de todos modos soy yo quien la ha escrito—. *La idea que Walter Bueno se forja de la novela y el camino elegido por toda novela lograda son divergentes.*

Me inclino, rígido, y siempre de un modo paródico, ante el homenaje, no sin observar que, en razón de la atmósfera un tanto agitada que reina en la mesa, ya deben ir por el segundo o tercer aperitivo. Me he emborrachado bastante en mi vida como para ser capaz de reconocer en otros, a pesar de mi abstinencia que dura desde hace varios meses —condición necesaria, en su momento, para pasar del último escalón al penúltimo—, la excitación de las primeras copas del anochecer, las que sacan del titubeo ronroneante del día y depositan, con la ilusión de ser más reales, en la puerta de la noche. Vilma es la asesora cultural de Bizancio, dice Alberto, y me invita a sentarme, uniendo su mirada a la de Vilma Lupo, que sigue fija en mi persona, en una demostración sostenida de admiración y placer.

—Su homenaje es inmerecido —protesto—. Aparte del brulote del cual usted ha sacado la frase, hace ocho años que no publico una sola línea.

—No hace falta publicar —dice Vilma—. Yo nunca he publicado nada. Pero eso que usted llama brulote es un verdadero manifiesto —y, bajando la voz y asegurándose de que nadie la oye en las mesas cercanas, pregunta—: ¿no tuvo problemas?

"PROBLEMAS". La pregunta, hecha con naturalidad y envuelta en una entonación mundana, es en sí un problema, en estos tiempos en que la palabra "problemas" supone las contrariedades más atroces —de alguien a quien, por ejemplo, en algún baldío, una mañana, encuentran castrado, con sus propios testículos en la boca, y el cuerpo agujereado de balas, mostrando signos evidentes de tormento, se dice con discreción sublime que tuvo problemas, pero a decir verdad la franqueza de Vilma Lu-

borrable

en cierto sentido la mía que se refleja en un espejo.

—Reconocer es mucho decir —le digo, con la misma severidad paródica de la que él ya sabe que no es en serio—. Pero admito que Reina y los otros lo nombran seguido.

—Bizancio siempre ha recibido a los artistas con los brazos abiertos —dice Alfonso.

—Así los estrangula mejor —le digo.

Y la conversación se despliega, si podemos llamar a esto —su insistencia poco disimulada y ansiosa, la altanería paródica de que me valgo para ocultar mi indecisión— una conversación. Según Alfonso, tiene ganas de conocerme desde hace mucho y, cinco o seis años atrás, por el setenta y cuatro más o menos, cuando extendió la distribuidora al norte de la provincia y a Entre Ríos, pensó en proponerme la dirección de la nueva zona, con un porcentaje sobre las ventas, prebenda justificada, según él, por mi prestigio intelectual, del que debían emanar beneficios comerciales indiscutibles. Un nombre, dice, por caro que se lo pague, siempre reditúa. Pero las cosas se emputecieron —es la palabra que emplea—: en el setenta y cinco se descubrió que uno de los vendedores utilizaba la distribuidora como pantalla para hacer circular propaganda de una organización clandestina —Alfonso baja la voz y mira para todos lados cuando me hace estas confidencias— y en el setenta y seis el ejército secuestró a una pareja de vendedores, marido y mujer, que no tenían nada que ver con nada y que nunca más volvieron a aparecer. A él mismo lo detuvieron una semana en un regimiento, hasta que un pariente militar obtuvo que lo dejaran en libertad.

—Todo esto que me cuenta es apasionante y original —le digo.

—Veo que es insensible a la desgracia ajena —dice contento de comprobar que sus confidencias confirman mi modo de ser en lugar de modificarlo en sentido negativo —también él debe pensar, sin formularlo de ese modo, que en los tiempos que corren casi todos son todavía reptiles y me excluye de esa generalidad, confiriéndome el honor dudoso de pensar que estoy a priori y sin error posible en su propio campo. Sobre nuestras cabezas, un tubo de neón se pone a chirriar, encendiéndose y apagándose con periodicidad rápida, a causa de un cortocircuito probablemente, produciendo un parpadeo que tiñe de lila, intermitente, el aire de la vereda. Alfonso parece no darse cuenta; su objetivo inmediato, que excluye al resto del cosmos impensable y diverso, es inducirme a cruzar de vereda y a hacerme entrar a tomar una copa en el bar de enfrente. Toda su estrategia verbal, que él imagina secreta y sutil, del mismo modo que su posición física, ya que intercepta mi paso en la vereda, tiene ese objetivo único y, a medida que realizo algunos movimientos ínfimos, los va teniendo en cuenta de manera inconsciente, modificando la actitud de su cuerpo para impedirme avanzar.

—Bueno —le digo por fin—. Pero un minuto nomás. Mire que voy atrasado.

EN EL BAR. Así que cruzamos y entramos en el bar. De todas maneras, puedo concederle unos minutos, porque a pesar de haber entrevisto en él, con un estremecimiento, mi propia cara, no ser enteramente él al fin de cuentas no me compromete mucho, él, de quien ya sé que no obtendrá nada por el solo hecho de haber pensado en mí para procurárselo. Pero no logro imaginarme qué es lo que quiere. Apenas entramos en el bar Alfonso gira a la derecha y se para junto a la mesa que da a la ventana. Una rubia fuma sonriente y pensativa, y por su expresión me doy cuenta de que desde su silla ha estado observando, a través del vidrio, el desarrollo de nuestro encuentro en la vereda de enfrente.

—Tomatis. Vilma Lupo —dice Alfonso, exhibiendo adrede su satisfacción por haber suscitado este encuentro en la cumbre. Vilma Lupo ni siquiera me mira, pero su sonrisa se acentúa y su mirada se pierde en algún punto de la calle, en el aire por el que parpadea la luz lila del letrero luminoso, una mirada pensativa que se cuela por los ojos entrecerrados y a la que acompañan sacudimientos lentos y afirmativos de la cabeza destinados a expresar maravilla y admiración.

—*La idea que Walter Bueno se forja de la novela y el camino elegido por toda novela lograda son divergentes* —dice. Y, mirándome por fin a los ojos, repite, marcando un hiato entre cada sílaba, martillándola, como para que la frase penetre a fondo en mi inteligencia y se incruste en mi memoria, insistencia completamente innecesaria porque de todos modos soy yo quien la ha escrito—. *La idea que Walter Bueno se forja de la novela y el camino elegido por toda novela lograda son divergentes.*

Me inclino, rígido, y siempre de un modo paródico, ante el homenaje, no sin observar que, en razón de la atmósfera un tanto agitada que reina en la mesa, ya deben ir por el segundo o tercer aperitivo. Me he emborrachado bastante en mi vida como para ser capaz de reconocer en otros, a pesar de mi abstinencia que dura desde hace varios meses —condición necesaria, en su momento, para pasar del último escalón al penúltimo—, la excitación de las primeras copas del anochecer, las que sacan del titubeo ronroneante del día y depositan, con la ilusión de ser más reales, en la puerta de la noche. Vilma es la asesora cultural de Bizancio, dice Alberto, y me invita a sentarme, uniendo su mirada a la de Vilma Lupo, que sigue fija en mi persona, en una demostración sostenida de admiración y placer.

—Su homenaje es inmerecido —protesto—. Aparte del brulote del cual usted ha sacado la frase, hace ocho años que no publico una sola línea.

—No hace falta publicar —dice Vilma—. Yo nunca he publicado nada. Pero eso que usted llama brulote es un verdadero manifiesto —y, bajando la voz y asegurándose de que nadie la oye en las mesas cercanas, pregunta—: ¿no tuvo problemas?

"PROBLEMAS". La pregunta, hecha con naturalidad y envuelta en una entonación mundana, es en sí un problema, en estos tiempos en que la palabra "problemas" supone las contrariedades más atroces —de alguien a quien, por ejemplo, en algún baldío, una mañana, encuentran castrado, con sus propios testículos en la boca, y el cuerpo agujereado de balas, mostrando signos evidentes de tormento, se dice con discreción sublime que tuvo problemas, pero a decir verdad la franqueza de Vilma Lu-



Daniel Gutman/CONTROL REMOTO
Una estrella de televisión, presa de la avidez por lograr una fabulosa primicia, sufre un accidente y despierta en el año 2035. La TV y su nueva modalidad le abren un universo insospechado. Fascinante novela de aventuras y viajes, de lectura obligatoria para quienes no pueden encender sus televisores sin sentir una misteriosa e inexplicable excitación.
❒ PLANETA

Matilde Sánchez / EL DOCK
Primer finalista del Premio Planeta Biblioteca del Sur de novela 1992. A partir de un hecho sangriento, una mujer, ajena al episodio, se enfrenta con un fantasmal recuerdo de su infancia y se ve obligada a imaginar un futuro inconcebible.
❒ BIBLIOTECA DEL SUR

Bernardo Verbitsky / HERMANA Y SOMBRA
A través del relato de un grupo de inmigrantes judíos que llega a la Argentina a principios de siglo, Bernardo Verbitsky nos lega su obra más autobiográfica. Su protagonista es la pobreza. El coraje, el amor por el nuevo terruño y el compromiso con la vida se reflejan en ésta, su novela póstuma.
❒ PLANETA

Mario Pergolini-Alejandro Rozitchner / SAQUEN UNA HOJA
Escrito por dos jóvenes que antes fueron mucho más jóvenes y padecieron la educación media, este libro es una apelación al humor, a la creatividad y a las ganas de cambiar la educación y el aprendizaje. Es un imprescindible manual de supervivencia para el estudiante secundario.
❒ LA MANDIBULA MECANICA

Hugo Paredero / ZAPPINGMANIA
Zappingmanía: adicción cada vez más extendida entre los seres humanos y subhumanos del fin del milenio. Las imágenes televisivas se confunden con las mentales. El televidente se transforma en aparato, el control remoto en persona y el televisor en el mundo. Una admonición para los telelectores: no desearás el canal de tu prójimo.
❒ LA MANDIBULA MECANICA

Vera Pichel / EVITA INTIMA
La autora conoció a Eva Perón cuando iniciaba su carrera de actriz y escuchó sus confesiones cuando se convirtió en la mujer más poderosa de Argentina. En esta biografía para nada convencional, ilumina aspectos desconocidos e íntimos de Evita. Sus aspiraciones de mujer joven, las frustraciones y angustias que su vida pública ocultó.
❒ MUJERES APASIONADAS

Susana Brenna / LA VIDA PLENA
Escrito en primera persona, es el testimonio inspirador de la autora, quien, lejos de abatirse por una terrible enfermedad, recorre un camino de visualizaciones, ejercicios internos y medicinas alternativas. Un libro de autoayuda para recuperar la potencialidad humana, más allá de todo impedimento.
❒ PLANETA

Bernadette Vallely / 1001 FORMAS DE SALVAR EL PLANETA
La conciencia ecológica se puede traducir en una práctica cotidiana. Hay más de 1001 cambios que se pueden realizar aquí y ahora, desde lo más simple y pequeño, para lograr un futuro diferente para nuestra especie y nuestro planeta. Este libro promueve la acción para crear un mundo más verde.
❒ PLANETA TIERRA

ODISEAS PLANETA La búsqueda de sentido lleva al hombre por senderos impredecibles. Existen seres humanos con una extraordinaria capacidad para explorar más allá de los límites convencionales. Hacen de sus vidas testimonios valiosos y orientadores. Ellos son los autores de Odiseas, la nueva colección de Editorial Planeta.

Alberto Villoldo-Erik Jendresen / LOS CUATRO VIENTOS
Electrizante relato de descubrimiento espiritual, un psicólogo hispano-norteamericano se interna en el corazón del Perú. Su investigación sobre los efectos de la ayahuasca se convierte en un viaje iniciático. Su relato se inscribe entre los best-sellers antropológicos que transforman al lector y arrojan nueva luz sobre la vitalidad del espíritu indoamericano.

Luis Jait / ELOGIO DE LA DESMESURA
Una odisea de autodescubrimiento en el Aconcagua, relatada por su protagonista, un médico psiquiatra. La eterna metáfora del ascenso al punto más alto de América como ascenso a las cumbres de la voluntad y la conciencia. Historia que, en su grandeza, lleva a compartir una experiencia cumbre.

Reimpresiones:
- **Mariano Grondona,** EL POSLIBERALISMO - 3ra. edición.
- **Martha Mercader,** PARA SER UNA MUJER - 2da. edición.
- **Víctor Sueiro,** MAS ALLA DE LA VIDA - 16ta. edición.
- **Víctor Sueiro,** LA GRAN ESPERANZA (MAS ALLA DE LA VIDA II) - 5ta. edición.
- **Horacio Verbitsky,** ROBO PARA LA CORONA - 10a. edición.
- **Fabio Zerpa,** EL MUNDO DE LAS VIDAS ANTERIORES - 4ta. edición.



VILCINSKAS

po es una demostración de confianza semejante a la de Alfonso, dando a entender que me acuerda el privilegio dudoso de considerarme sin indagación previa en su propio campo. Que me cuelguen si mi reconocimiento por esa confianza no es de lo más relativo, aunque a decir verdad la familiaridad de Vilma y Alfonso me preocupa más por ellos que por mí, a tal punto los dos parecen flotar en una nube de irrealidad agitada y permanente.

EL DISPOSITIVO VILMA/ALFONSO. Dan la impresión de ser no una pareja, sino un dispositivo, un complejo, una *gestalt* como se dice. Funcionan en dependencia recíproca como si constituyesen un sistema, y así como entre un planeta y su satélite la dependencia está hecha de distancia, de masa, de gravedad, en ellos se constituye a base de sobreentendidos, de disentimientos retóricos, de connivencias. Miradas, gestos y palabras individuales parecen por momentos provenir de un fondo común de memoria, apetitos y experiencia. Y eso que él le lleva por lo menos veinticinco años y ni siquiera se tutean. Entre ellos, la alusión parece ser el modo ordinario de intercambio verbal, alusión en algunos casos tan pueril y transparente que inspiran más ironía que impaciencia. El supuesto entusiasmo que les despierta mi persona se convierte, después de las declaraciones preliminares, en una indiferencia inhábil que dura bastante y que se traduce por un diálogo hecho de frases crípticas e incompletas, de expresiones rituales que únicamente ellos entienden, y de bromas internas de las que me excluyen sin ningún escrúpulo.

"YO". Cuando pienso que después de meses de ostracismo y de penuria mental emerjo de nuevo al mundo para caer en manos de estos dos personajes —de este dispositivo como decía— es natural que me pregunte si no era más conveniente no volver a salir ni nada sino más bien desaparecer por completo, "yo" o lo que quedaba de "yo", que, vengo diciéndomelo desde hace varias semanas, me zambullí sin vacilar en la demencia autodestructiva tratando de escapar a la esquizofrenia general. Pero algo anula mi fastidio ante Vilma y Alfonso: la gratitud por permitirme la impresión, que no he tenido desde hace años ante nadie, de ser más cuerdo que ellos. Cuando se emerge de lo oscuro, se tiende a tomar las especies fragilizadas bajo protección, y al universo entero en tutela. "Yo" que hace unos pocos meses nomás no me atrevía a salir de mi casa para ir a tomar un café al bar de la galería por miedo de que la construcción endeble del supuesto firmamento no se desplomara, y que tres o cuatro veces, después de haber atravesado con valentía el umbral y haber dado algunos pasos por la vereda, me volvía temblando de terror a mi cuarto de la terraza, diciéndome que nunca más podría volver a salir a la calle, me encuentro, en este anochecer de invierno, a cargo del universo y, no sin agradecimiento, de uno de sus fragmentos más expuestos que, desprendiéndose del todo ha venido, por decir así, rodando hasta mis pies: el dispositivo Vilma/Alfonso. Y todavía no sé si me agacharé o no para recogerlo.

—Vilma —dice Alfonso alzando la voz para que se oiga, pero sin mirarme— la distribuidora Bizancio le confía la delicada misión de integrar Tomatis a nuestro equipo.

DEMOCRACIA HOY... ¿Y MAÑANA?



POLITICA PARA AMADOR
Fernando Savater
La democracia carece de futuro a menos que logremos, a pesar de todo, interesar a los jóvenes en el quehacer político. De ahí la pregunta ¿cómo hablar de política con nuestros hijos? Savater, profesor de Etica en la Universidad del País Vasco, retoma el diálogo con Amador, su hijo, para hablar ahora de este acuciante tema. He aquí otro libro para padres e hijos, docentes y alumnos, del eminente pensador español.

ETICA PARA AMADOR
Fernando Savater
Segunda edición en la Argentina. Savater habla de ética con Amador, su hijo, como en una conversación de sobremesa. Con gran destreza verbal desfilan todos los temas que requiere un planteo serio, moderno y laico de la materia. Para nosotros y nuestros hijos o como texto para la reflexión en la escuela reeditamos esta obra fundamental de la cual se han vendido 140.000 ejemplares en Italia y 120.000 en España.



SEIS ESTUDIOS DE PSICOLOGIA
Jean Piaget
REIMPRESION
Una introducción al pensamiento de Piaget en seis ensayos sobre el psiquismo humano, desde el recién nacido hasta el adolescente, el lenguaje, el pensamiento, la inteligencia, la noción de equilibrio y cuestiones metodológicas.

GENERACION • MPR

EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

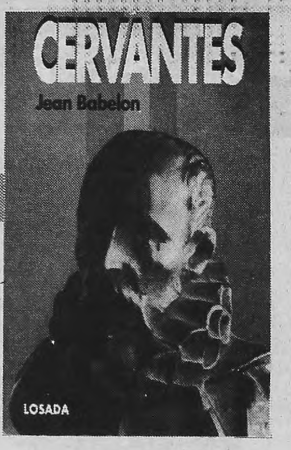


Tacuarí 328 (1071) Buenos Aires - Tel.: 342-0073 (10 líneas) Fax: 345-1776

Carnets///

BIOGRAFIA

Las armas y las letras



CERVANTES, por Jean Babelon. Losada, 1993, 250 páginas.

Las biografías de los grandes escritores tienen tal vez un utópico horizonte: explicar por los sucesos de la vida la emergencia del genio que trastoca la historia de las letras. Consiguen, y no es poco, acercar las cotidianas luchas, miserias, fracasos y triunfos hablando así de la relación profunda entre vida y obra.

"En un lugar en el que toda incomodidad tiene su asiento", para Miguel de Cervantes Saavedra el lugar del escritor, transcurre toda su vida. Los escenarios cambiantes —España, Italia, Argel— reinciden en ese incómodo asiento, pero más son, conjugados con él, el imaginario constitutivo de una escritura fundante. Las incursiones por el teatro o la poesía no iban a equipararse con las alturas alcanzadas por Lope o Góngora, su destino era consolidar un género: la novela moderna.

La intensificación en la vida del poeta-soldado parece atender a esa falla que, en *Paradiso*, veía José Lezama Lima en los estudios cervantinos, abocados unidireccionalmente a la celebración de la parodia: "No señalaban lo que hay de acto participante en el mundo del Oriente, de un espíritu acumulativo instalado en un ambiente romano durante años de juventud, que con todas las seguridades del Mediterráneo Adriático, se abre a los fabularios orientales". Con la misma inquietud, y aun haciendo salvedades respecto de la pertinencia y utilidad de la biografía, Jean Babelon insiste en la importancia del conocimiento de la experiencia vital presente en los textos, al tiempo que evidencia una lectura pormenorizada de Cervantes y de los especialistas en su obra. Por eso asocia —con citas, comentarios, relaciones— personajes y situaciones históricas y literarias.

Tal procedimiento consigue que la lectura de esta biografía tenga el interés que la novela histórica despierta en tanto despliega el pasado bajo la mirada y preocupaciones del presente y en tanto promueve la reflexión sobre su misma constitución. Entre la azarosa vida de Cervantes, sus desgracias familiares y económicas, y sus sueños de gloria, se dibujan los rasgos de una época de batallas militares y poéticas, donde una figura, quintaesenciada en la silueta del Ingenioso Hidalgo, cobra forma de síntesis. Ese mérito es el de las grandes obras, surgidas de la indispensable inmersión en su propio tiempo.

Las reiteradas vinculaciones entre Cervantes y sus personajes no deparan para el lector esa especie de estereotipada alegoría sublimizada que fue la comedia musical *El hombre de la Mancha*. Consciente de que "el parto de una obra maestra se opera en un misterio inviolable" Babelon no deja de asediarlo confiando, como el propio Cervantes, en la fuerza de la imaginación.

SUSANA CELLA

Best Sellers///

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*El ojo de la patria*, por Osvaldo Soriano (Sudamericana, 15 pesos). La nueva novela de Soriano cuenta las peripecias de un agente confidencial destacado en París cuya misión secreta —la "Operación Milagro Argentino"— consiste en repatriar a un prócer de la Independencia reacondicionado en una morgue de Viena con un chip de invención nacional.	1	14
2	*Los amantes*, por Morris West (Vergara, 12 pesos). Una historia donde el amor lucha contra las reglas y los compromisos de una sociedad que da más importancia a los intereses materiales que a los sentimientos.	3	13
3	*Escrito en las estrellas*, por Sidney Sheldon (Emecé, 18 pesos). Lara Cameron es una mujer que se esmeró mucho para estar donde está. El oscuro pasado que trata de ocultar no impide que su fortuna crezca vertiginosamente. Pero en tan esplendoroso medio alguien planea una venganza con irremediables consecuencias para la vida de la protagonista.	2	18
4	*Doce cuentos peregrinos*, por Gabriel García Márquez (Sudamericana, 11 pesos). En plena madurez, García Márquez vuelve a sus grandes temas: el amor, el desconcierto ante la realidad, la profecía de los sueños.	4	31
5	*Cuando digo Magdalena*, por Alicia Steinberg (Planeta, 12,40 pesos). Novela ganadora del Primer Premio Planeta Biblioteca del Sur, cuenta el fin de semana que pasa en una estancia un grupo de personas participante de un curso de control mental. La voz que narra es la de una mujer perturbada, aparentemente, por lo sucedido.	9	22
6	*Cuatro después de la medianoche*, por Stephen King (Grijalbo, 34 pesos). El maestro del terror, autor de *La zona muerta* y *Cementerio de animales*, vuelve a mostrar su escalofriante genio en estas cuatro novelas cortas.	—	11
7	*Vigilia del Almirante*, por Augusto Roa Bastos. (Sudamericana, 17 pesos). El autor de *Yo el Supremo* y ganador del Premio Cervantes recrea un relato de ficción impura donde el lector es el verdadero autor de la obra que reescribe al leer.	10	17
8	*Drácula*, por Bram Stoker (Ediciones B, 16 pesos). Reedición de la centenaria novela, punto de partida de un personaje histórico que el cine y la literatura convirtieron en un mito del siglo XX.	8	3
9	*La corona de hierba*, por Colleen McCullough (Emecé, 25 pesos). Como en *El amor y el poder*, la autora vuelve sobre los conflictos, las intrigas políticas y el amor en la antigua Roma, con Mario y Sila como protagonistas.	—	3
10	*Aguilas negras*, por Larry Collins (Plaza & Janés, 23 pesos). Un duelo entre un agente de la CIA y un oficial de la DEA, con el trasfondo del ascenso al poder de Noriega en Panamá. Una aceitada trama que sigue las conexiones latinoamericanas de la droga.	6	3

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Urano, 11,80 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	3	88
2	*De La Pampa a los Estados Unidos*, por René G. Favaloro (Sudamericana, 11 pesos). Reflexiones y vivencias del conocido médico argentino que viajó a EE.UU. para perfeccionarse y logró convertirse en un acreditado cirujano.	4	12
3	*La guerra del siglo XXI*, por Lester Thurow (Vergara, 17,20 pesos). Después de la caída del comunismo, de la Guerra Fría, tres bandos (Japón, Europa y Estados Unidos) se disputan el mundo bajo una misma bandera: el capitalismo.	6	9
4	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos). A través de cinco personajes se intenta desentrañar el viejo contubernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno de turno, en una investigación que quiere revelar quiénes ejercen el poder real en el país.	9	47
5	*Poderes*, por Víctor Sueiro (Planeta, 14 pesos). Niños que realizan viajes astrales, curas súbitas e inexplicables y apariciones de la Virgen de San Nicolás son algunos de los sobrenaturales temas de este libro.	1	16
6	*La cultura de la satisfacción*, por John Kenneth Galbraith (Emecé, 15 pesos). Figura mayor de la economía contemporánea, John Kenneth Galbraith analiza y denuncia egoísmo y la ceguera de los prósperos.	5	18
7	*El miedo a los hijos*, por Jaime Barylko (Emecé, 12 pesos). Análisis de la responsabilidad que los padres tienen en el crecimiento y en el desarrollo intelectual de los hijos, que puede ser afectada gravemente por el miedo.	2	10
8	*El posliberalismo*, por Mariano Grondona (Planeta, 15 pesos). Grondona analiza la crisis de la democracia en ciertos países ricos y examina los diferentes modelos de Estado para establecer si el régimen democrático es la meta final o si existe una forma ulterior, la posdemocracia.	—	15
9	*De mujeres, varones y otros percances*, por Cristina Wargon (La Urraca, 10 pesos). La autora de *El descabellado oficio de ser mujer* confirma en esta especie de manual sobre el trato entre sexos que el feminismo no carece de sentido del humor.	7	7
10	*Cuba existe*, por Rodolfo Livingston (La Urraca, 12 pesos). Subtitulado *Es socialista y no está en coma*, el libro reúne una serie de charlas que el autor ofreció en la Casa de la Amistad Argentino-Cubana, sobre sus experiencias en la isla.	—	6

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe (Capital Federal), Garabombo (San Martín); El Monje (Quilmes); El Aleph (La Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, La Médica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en quioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías se cotejan con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Bernardo Verbitsky: **Hermana y sombra** (Planeta). Reedición de la última novela de un autor prolífico y premiado. También la más autobiográfica, evoca tanto la pobreza del inmigrante que construyó el país de espaldas a las clases dominantes como la relación con una madre que enferma de muerte.

Joe Kane: **El descenso del Amazonas** (Edhasa, Colección Diario Nómada). Relato de la primera expedición que recorrió el Amazonas —a pie, en balsa y en kayak— desde la fuente hasta su desembocadura en el océano Atlántico, realizada en 1985 por nueve hombres y una mujer de orígenes y profesiones variopintos.

Joaquim M. Machado de Assis: **Misa de gallo y otros cuentos** (Norma, Colección Cara y Cruz). Acertada selección de cuentos que justifica pensar a Machado de Assis —narrador, poeta, dramaturgo, fundador de la Academia Brasileña de Letras— como una figura constitutiva de la literatura moderna de Brasil.

JOSE SARAMAGO

El portugués José Saramago (1922) es uno de los candidatos más firmes al Premio Nobel de Literatura. Autor de varias novelas de cuidada escritura y refinada sensibilidad, Saramago persiste en definirse como comunista en estos tiempos de recaídas ideológicas. Esta semana Seix Barral distribuirá "El evangelio según Jesucristo", novela prohibida por el gobierno portugués; que toma una perspectiva humana de Cristo, cuenta sus amores con María Magdalena y culpa a José por no haber denunciado los crímenes que iba a cometer Herodes. El libro se abre con la descripción de un grabado de Durero, fragmento que aquí se anticipa.



El evangelio según Jesucristo

El sol se muestra en uno de los ángulos superiores del rectángulo, el que está a la izquierda de quien mira, representando, el astro-rey, una cabeza de hombre de la que surgen rayos de aguda luz y sinuosas llamaradas, como una rosa de los vientos indecisa sobre la dirección de los lugares hacia los que quiere apuntar, y esa cabeza tiene un rostro que llora, crispado en un dolor que no cesa, lanzando por la boca abierta un grito que no podemos oír, pues ninguna de estas cosas es real, lo que tenemos ante nosotros es papel y tinta, y nada más. Bajo el sol vemos un hombre desnudo atado a un tronco de árbol, ceñidos los flancos por un paño que le cubre las partes llamadas pudendas o vergonzosas, y los pies los tiene asentados en lo que queda de una rama lateral cortada, sin embargo, y para mayor firmeza, para que no se deslicen de ese soporte natural, dos clavos los mantienen, profundamente clavados. Por la expresión del rostro, que es de inspirado sufrimiento, y por la dirección de la mirada, erguida hacia lo alto, debe de ser el Buen Ladrón. El pelo, ensortijado, es otro indicio que no engaña, sabiendo como sabemos que los ángeles y los arcángeles así lo llevan, y el criminal arrepentido está ya por lo visto camino de ascender al mundo de las celestiales creaturas. No será posible averiguar si ese tronco es aún un árbol, solamente adaptado, por mutilación selectiva, a instrumento de suplicio, pero que sigue alimentándose de la tierra por las raíces, puesto que toda la parte inferior de ese árbol está tapada por un hombre de larga barba, vestido con ricas, holgadas y abundantes ropas, que, aunque ha levantado la cabeza, no es al cielo adonde mira. Esta postura solemne, este triste semblante, sólo pueden ser los de José de Arimatea, dado que Simón de Cirene, sin duda otra hipótesis posible, tras el trabajo al que le habían forzado, ayudando al condenado en el transporte del patíbulo, conforme al protocolo de estas ejecuciones, volvió a su vida normal, mucho más preocupado por las consecuencias que el retraso tendría para un negocio que había aplazado que con las mortales aflicciones del infeliz a quien iban a crucificar. No obstante, este José de Arimatea es aquel bondadoso y acaudalado personaje que ofreció la ayuda de una tumba suya para que en ella fuera depositado aquel cuerpo principal, pero esta generosidad no va a servirle de mucho a la hora de las canonizaciones, ni siquiera de las beatificaciones, pues nada envuelve a su cabeza fuera del turbante con el que todos los días sale a la calle, a diferencia de esta mujer que aquí vemos en un plano próximo, de cabello suelto sobre la espalda curva y doblada, pero tocada con la gloria suprema de una aureola, en su caso recortada por un bordado doméstico. Sin duda, la mujer arrodillada se llama María, pues de antemano sabíamos que todas cuantas aquí vinieron a juntarse llevan ese nombre, aunque una de ellas, por ser además Magdalena, se distingue onomásticamente de las otras, aunque cualquier observador, por poco conocedor que sea de los hechos elementales de la vida, jurará, a primera vista, que la mencionada Magdalena es precisamente ésta, pues sólo una persona como ella, de disoluto pasado, se habría atrevido a presentarse, en esta hora trágica, con un escote tan abierto y un corpiño tan ajustado que hace subir y realzar la redondez de los senos, razón por la que, inevitablemente, en este momento atrae y retiene las miradas ávidas de los hombres que pasan, con gran daño de las almas, así arrastradas a la perdición por el infame cuerpo. Es, con todo, de compungida tristeza su expresión, y el abandono del cuerpo no expresa sino el dolor de un alma, ciertamente oculta en carnes tentadoras, pero que es nuestro deber tener en cuenta, hablamos del alma, claro, que esta mujer podría estar hasta enteramente desnuda, si en tal disposición hubieran decidido representarla, y aun así deberíamos mostrarle respeto y homenaje. María Magdalena, si ella es, ampara, y parece que va a besar, con un gesto de compasión intraducible en palabras, la mano de otra mujer, esta sí, caída en tierra, como desamparada de fuerzas o herida de muerte. Su nombre es también María, segunda en el orden de presentación, pero, sin duda, primerísima en importancia, si algo significa el lugar central que ocupa en la región inferior de la representación. Fuera del rostro lacrimoso y de las manos desfallecidas, nada se alcanza a ver de su cuerpo, cubierto por los pliegues múltiples del manto y de la túnica, ceñida a la cintura por un cordón cuya aspereza se adivina. Es de más edad que la otra María, y es ésta una buena razón, probablemente, no la única, para que su aureola tenga un dibujo más complejo, así, al menos, se hallaría autorizado a pensar quien no disponiendo de informaciones precisas acerca de las precedencias, patentes y jerarquías en vigor en este mundo, se viera obligado a formular una opinión. No obstante, y teniendo en cuenta el grado de divulgación, operada por artes mayores y menores, de estas iconografías, sólo un habitante de otro planeta, suponiendo que en él no se hubiera repetido alguna vez, o incluso estrenado, este drama, sólo ese ser, en verdad inimaginable, ignoraría que la afligida mujer es la viuda de un carpintero llamado José, y madre de numerosos hijos e hijas, aunque sólo uno de ellos, por imperativos del destino o de quien lo gobierna, haya llegado a prosperar, en vida de manera mediocre pero mayormente después de la muerte. Reclinada sobre su lado izquierdo, María, madre de Jesús, ese mismo a quien acabamos de aludir, apoya el antebrazo en el muslo de otra mujer, también arrodillada, también María de nombre, y en definitiva, pese a que no podamos ver ni imaginar su escote, tal vez la verdadera Magdalena. Al igual que la primera de esta trinidad de mujeres, muestra la larga cabellera suelta, caída por la espalda, pero estos cabellos tienen todo el aire de ser rubios, si no fue pura casualidad la diferencia del trazo, más leve en este caso y dejando espacios vacíos en el sentido de las crenchas, cosa que, obviamente, sirvió al grabador para aclarar el tono general de la cabellera representada. No pretendemos afirmar, con tales razones, que María Magdalena hubiese sido, de hecho, rubia, sólo estamos conformándonos a la corriente de opinión mayoritaria, que insiste en ver en las rubias, tanto en las de natura como en las de tinte, los más eficaces instrumentos de pecado y perdición. Habiendo sido María Magdalena, como es de todos sabido, tan pecadora mujer, perdida como las que más lo fueron, tendría también que ser rubia para no desmentir las convicciones, en bien y en mal adquiridas, de la mitad del género humano. No es, sin embargo, por parecer esta tercera María, en comparación con la otra, la más clara de tez y tono de cabello, por lo que insinuamos y proponemos, contra las aplastantes evidencias de un escote profundo y de un pecho que se exhibe, que ésta sea la Magdalena. Otra prueba, ésta fortísima, robustece y afirma la identificación, y viene a ser la de que dicha mujer, aunque un poco amparando, con distraída mano, a la extenuada madre de Jesús, levanta, sí, hacia lo alto la mirada, y esa mirada, que es de auténtico y arrebatado amor, asciende con tal fuerza que parece llevar consigo al cuerpo todo, todo su ser carnal, como una irradiante aureola capaz de hacer palidecer el halo que ya rodea su cabeza y reduce pensamientos y emociones. Sólo una mujer que hubiese amado tanto como imaginamos que María Magdalena amó, podría mirar de esa manera con lo que, en definitiva, queda probado que es ésta y sólo ésta y ninguna otra, excluida pues la que a su lado se encuentra, María cuarta, de pie, medio alzadas las manos, en piadosa demostración, pero de mirada vaga, haciendo compañía, en este lado del grabado, a un hombre joven, poco más que adolescente, que de modo amanerado flexiona la pierna izquierda, así, por la rodilla, mientras su mano derecha, abierta, muestra, en una actitud afectada y teatral, al grupo de mujeres a quienes correspondió representar, en el suelo, la acción dramática. Este personaje, tan joven, con su pelo ensortijado y el labio trémulo, es Juan. Al igual que José de Arimatea, también esconde con el cuerpo el pie de este otro árbol que, allá arriba, en el lugar de los nidos, alza al aire a un segundo hombre desnudo, atado y clavado como el primero, pero éste es de pelo liso, deja caer la cabeza para mirar, si aún puede, el suelo, y su cara, magra y escuálida, da pena, a diferencia del ladrón del otro lado, que, incluso en el trance final, de sufrimiento agónico, tiene aún valor para mostrarnos un rostro que fácilmente imaginamos rubicundo, que muy bien debía de irle la vida cuando robaba, pese a la falta que hacen los colores aquí. Flaco, de pelo liso, de cabeza caída hacia la tierra que ha de comerlo, dos veces condenado, a la muerte y al infierno, este mísero despojo sólo puede ser el Mal Ladrón, rectísimo hombre en definitiva, a quien sobró conciencia para no fingir creer, a cubierto de leyes divinas y humanas, que un minuto de arrepentimiento basta para redimir una vida entera de maldad o una simple hora de flaqueza. Encima de él, también clamando y llorando como el sol que enfrente está, vemos la luna en figura de mujer, con una incongruente arracada adornándole la oreja, licencia que ningún artista o poeta se habrá permitido antes y es dudoso que se haya permitido después, pese al ejemplo. Este sol y esta luna iluminan por igual la tierra, pero la luz es ambiente y circular, sin sombras, por eso puede ser visto con tanta nitidez lo que está en el horizonte, al fondo, torres y murallas, un puente levadizo sobre un foso donde brilla el agua, unos frontones góticos, y allá atrás, en lo alto del último cerro, las aspas paradas de un molino. Por la ilusión de la perspectiva, cuatro caballeros con yelmo, lanza y armadura hacen caracolear las monturas con alardes de alta escuela, pero sus gestos sugieren que hán llegado al fin de su exhibición, están saludando, por así decir, a un público invisible. La misma impresión de final de fiesta nos es dada por aquel soldado de infantería que da ya un paso para retirarse, llevando en la mano derecha, suspenso, lo que, a esta distancia, parece un paño, pero que también podría ser manto o túnica, mientras otros dos mílites dan señales de irritación y despecho, si es posible, desde tan lejos, descifrar en los minúsculos rostros un sentimiento, como el de quien jugó y perdió. Por encima de estas vulgaridades de milicia y de ciudad amurallada, planean cuatro ángeles, dos de ellos de cuerpo entero, que lloran, y protestan, y se lastiman, no así uno de ellos, de perfil grave, absorto en el trabajo de recoger en una copa, hasta la última gota, el chorro de sangre que sale del costado derecho del Crucificado. En este lugar, al que llaman Gólgota, muchos son los que tuvieron el mismo destino fatal, y otros muchos lo tendrán luego, pero este hombre, desnudo, clavado de pies y manos en una cruz, hijo de José y María, Jesús de nombre, es el único a quien el futuro concederá el honor de la mayúscula inicial; los otros no pasarán nunca de crucificados menores. Es él, en definitiva, este a quien apenas miran José de Arimatea y María Magdalena, este que hace llorar al sol y a la luna, este que hoy mismo alabó al Buen Ladrón y despreció al Malo, por no comprender que no hay diferencia entre uno y otro, o, si la hay, no es ésa, pues el Bien y el Mal no existen en sí mismos, y cada uno de ellos es sólo la ausencia del otro. Tiene, encima de su cabeza, que resplandece con mil rayos, más que el sol y la luna juntos, un cartel escrito en romanas letras que lo proclaman Rey de los Judíos, y, ciñéndola, una dolorosa corona de espinas, como la llevan, y no lo saben, quizá porque no sangran para fuera del cuerpo, aquellos hombres a quienes no se permite ser reyes de su propia persona.